

CAMBIOS SUBSTANCIALES EN EL CONCEPTO DE LA GUERRA DURANTE EL SIGLO XVI

Federico Fernando DE BORDEJÉ MORENCOS
Contralmirante

Un factor que hace su aparición en la Edad Moderna se relaciona con la complejidad política de Europa y la íntima interdependencia de las relaciones entre sus estados, puesto que las guerras del siglo xv habían sido en cierto modo conflictos aislados. Mientras los Reyes Católicos daban su fin a la Reconquista y franceses e ingleses dirimían sus diferencias sin sufrir interferencias externas, por su parte, Alemania y Hungría lanzaban una cruzada contra los husitas, en tanto que los turcos encontraban la oportunidad de colocarse en la retaguardia de Europa con la conquista de Constantinopla, totalmente olvidada por Occidente.

Pero tan pronto como Maquiavelo escribe su obra *El Príncipe*, sus teorías se convierten en realidades. Francia invade Italia en 1494 e involucra en su acción, no sólo a las ciudades-estados de aquella península, sino a España, al Papado y al Imperio, propagándose la querrela en pocos años hasta los confines del Viejo Continente, pues muy pronto Inglaterra y los sultanes contraerán alianzas con alguno de los príncipes beligerantes entrando en el juego político europeo.

Con la llegada al trono de España de Carlos I, la guerra va a intentar liberarse de todas sus ataduras convencionales que hasta allí la habían condicionado, reforzando su papel de instrumento de la política, una política que tratará de abarcar y controlar al mundo entero y que inicialmente iba a girar en torno al conflicto franco-español, que se abre en 1495 con la conquista de Nápoles por Carlos VIII de Francia.

Dentro del escenario internacional, en 1512 la guerra encontrará en Selím I un soberano con pretensiones universales que no dudará en mover sus ejércitos, a la vez, en Oriente y contra Occidente, puesto que después de haber doblegado a sus enemigos en el Este, con la conquista de Siria, Arabia y Egipto, volverá sus miradas hacia Europa, constituyendo la línea fronteriza turca, que se extendía desde Bosnia a Bengasi pasando por el Bósforo, una seria amenaza para la cristiandad, tanto por tierra como por mar.

Por su lado, Venecia, que en el siglo anterior se había aprovechado de sus pactos con los sultanes para extender su área de influencia hacia el Este, más allá de los límites naturales de Occidente, se verá obligada a replegarse sobre sí misma, iniciando su declive como potencia marítima, lo mismo que Génova, en tanto que el emperador Maximiliano, en los umbrales de su muerte, asistirá a esa acelerada evolución, no escapándosele los peligros que van a pesar sobre su Casa y Europa, estimando que heredando la corona imperial su nieto Carlos, éste podría asumir la defensa de Alemania y de Occidente.

Más al sur, Francia, a pesar de verse sometida en cierto modo a un cerco, podrá todavía disfrutar de su excelente posición central y enfrentarse a Carlos I bien sola o como aliada del turco, razones y circunstancias que abrirán una guerra en dos frentes y que se convertirá en el elemento dominante de la política imperial, habiendo perdido ya la idea de cruzada todo sentido. Finalmente, Inglaterra practicará durante un cierto número de años una política de espléndido aislamiento y los ducados de Polonia y Moscú proseguirán la mayor parte del siglo sumidos aún en las tinieblas y olvido.

Pero Carlos I no hubiera podido conducir sus líneas de acción política de no haber accedido al trono de España, país de reciente unidad que acababa de salir de una situación de retraimiento que favorecía su seudoinularidad y que iba a permitir al emperador explotar todas las ventajas que confería a la Península la geografía, como bastión avanzado sobre el Atlántico, de control del Mediterráneo Occidental y de flanqueo y retaguardia con respecto a Europa. La ocasión se le presentaba propicia, pues establecida la unidad, con responsabilidades en Italia, en marcha la colonización del Nuevo Mundo y con el prestigio que le confería la corona imperial, había ascendido España a la categoría de primera potencia del mundo de la época, que no debería mantenerse por la fuerza de las armas si Carlos I lograba crear un «Imperium Mundi» católico, en el que Alemania debía desempeñar un papel fundamental al servicio de Su Majestad hispánica, puesto que por su excéntrica posición le era difícil a España afirmarse por sí sola en el continente con las mismas ventajas que disfrutaba una potencia central.

Dos años después de haber sido proclamado emperador y dentro de su designio político, Carlos I se sintió lo suficientemente fuerte y libre de compromisos como para reiniciar la lucha en Italia, que entre 1496 y 1516 habían mantenido sus abuelos maternos en el mismo escenario y contra el mismo adversario, conflicto en el que buscará doblegar a Francia y luego extender su dominio e influencia por todo el ámbito mediterráneo, antes de que los otomanos sean capaces de perforar la línea exterior que protegía a la Cristianidad.

Ese largo conflicto entre dos países vecinos transformará el mosaico político italiano, convirtiéndolo en un enorme tablero de ajedrez en el que se forjarán y liquidarán alianzas y coaliciones, convirtiéndose las guerras de Italia en un crisol del arte militar, todavía empírico y multiforme, afrontándose, fusionándose, surgiendo y conjugándose tácticas diferentes y alejadas de las practicadas hasta esos momentos.

Será una lucha sin cuartel conducida en el interior de los territorios que para Carlos I debían constituir el nuevo sistema de estados europeos y que, en teoría, debería finalizar cuando una de las dos naciones, Francia o España, hubiera logrado adquirir una ventaja decisiva sobre la otra o establecerse un equilibrio que garantizase, tanto a esos países como al resto, unas relaciones de buena vecindad que permitiera al conjunto vivir un futuro en paz.

Para Carlos I la guerra será el factor predominante de su reinado y a ella recurrirá cuantas veces lo exija su finalidad política aunque, eso sí, desenca-

denándola cuando le parezca más propicia y si bien no fue un monarca con una especial inclinación por los enfrentamientos armados, si sabrá apreciarlos en su justa medida y valor como instrumento para alcanzar sus objetivos, por lo que se servirá de ellos con frecuencia. Cuando en 1521, rodeado del prestigio que le confería su casa, su origen y su situación marcha a Italia, no será con la intención de afianzar la posesión del Milanesado, conquistado por Francisco I en 1515, tras la victoria de Marignano, sino, más bien, la de asegurar y restaurar un Occidente, tal como lo concebía y hecho a su medida.

Las guerras de Italia con Carlos I

No trataremos de describir las guerras que Carlos I debió mantener durante cerca de veinticinco años, soberano de un mundo de dimensiones en cierto modo desconcertantes para la época, puesto que se confunden o integran íntimamente con su política.

En 1521, la llegada a Milán del príncipe italiano Próspero Colonna al servicio de España motivó, una vez más, la alianza de Francia y Venecia, surgiendo en un segundo plano un Pontífice que continuamente moverá los hilos de una situación muy compleja pero que, como soberano de un estado temporal, le conviene que exista.

Uno de los contendientes, como Señor de España y de las Dos Sicilias, de Luxemburgo, Borgoña y el Franco Condado, heredero de los Países Bajos y emperador de Alemania, Austria, Tirol y Estiria, reunía en sus manos una serie de fuerzas heterogéneas y dispersas en el espacio, como jamás había logrado el propio Carlomagno. Por su parte, Francisco I, después de haber finalizado su conflicto con los cantones helvéticos por decisión unilateral de estos y no sin antes haber puesto a su disposición sus mercenarios, estimaba ser otro príncipe extremadamente poderoso y, por ello, capaz de asumir el conflicto con grandes probabilidades de éxito, monarca con una clara vocación para solventar los problemas a través de la guerra y, en esos momentos, deseoso de alcanzar una victoria sobre su secular enemigo, España, creyendo que ahora se le presentaba la ocasión.

La campaña que se inicia en 1521 se anunciaba difícil y, desde luego, descansaba en la habilidad maniobrera de los capitanes del emperador, que habían superado la táctica imperante a finales del siglo xv y comienzos del xvi, pues de aplicar ahora aquellas normas, demasiado estáticas, sus acciones se hubieran mostrado insuficientes si se pretendía con ellas alcanzar una decisión. Por sus marchas y continuos cambios de posición, Próspero Colonna acabó por arrebatarse tanto terreno a la coalición franco-veneciana que les fue imposible a éstos lograr la concentración de sus fuerzas, dando la guerra por perdida, y mientras Milán caía sin combate en manos del emperador, Francisco I, no resignándose a verse derrotado, levantaba otro ejército a las órdenes de Lautrec con la orden de reconquistar Milán.

Lautrec maniobró sin contratiempos pero sin conseguir que, esta vez,

Colonna abandonase una estrategia defensiva, por lo cual aquel se vio forzado, contra lo que le dictaban sus conocimientos militares, a atacar el 23 de agosto de 1522 no lejos de Milán, en Bicoque, acción que respondía más a un deseo de sus mercenarios suizos, quienes le reclamaban a toda costa entrar en combate, que a un correcto estudio de la situación. Por tanto, fue una batalla provocada por los propios mercenarios pero sin responder a la evolución normal del conflicto ni a un plan de operaciones viable y preconcebido.

A propósito de los mercenarios, factor negativo y muy abundante en ambos bandos, debe señalarse que éstos imponían sus propósitos puesto que sus contratos eran limitados en el tiempo y basados en el botín tomado, por lo que de no escucharles, pensaban que no tenía entonces ningún sentido servir en un ejército que no les ofrecía beneficios cuando, por el contrario, frecuentemente pagaban su servicio con su propia vida.

De ahí que deba decirse que los franceses sufrieron una crisis de mando y de autoridad, al ceder Lautrec a aquellos requerimientos o imposiciones, ordenando atacar las líneas españolas mientras Colonna decidía no variar su actitud defensiva, inspirándose en el principio de la guerra que prescribe que «esperar un ataque es la mejor forma de economizar fuerzas», persuadido de que la defensiva era el método de combate más idóneo en ese momento si no pretendía, como así era, alcanzar un objetivo físico predeterminado. Sin duda, esa táctica española implicaba una cierta renunciación pero, como se demostraría en el encuentro, Colonna sufrió ligeras pérdidas en tanto que su adversario veía aumentar las suyas, renunciación que en determinadas circunstancias se olvidaba si, como en este caso, se alcanzaba una resonante victoria, consecuencia del repliegue de los suizos a sus posiciones iniciales y decidir Lautrec no proseguir la batalla e iniciar la retirada. De ahí que pueda decirse que fue en Bicoque cuando los suizos se encontraron en inferioridad de condiciones ante una infantería dotada de su mismo armamento.

A pesar de ese revés, Francisco I no consideró perdida la guerra y en el mismo momento en que los turcos se aproximaban a tierras de los Habsburgo, el rey francés estimó que era el momento de volver a intentar conquistar la Lombardía.

Por su parte, Carlos I, desde la primavera de 1521 tenía necesidad de obtener una victoria en el frente oriental del continente si deseaba reforzar aún más su autoridad, dado que en ese año Solimán II, sucesor de Selím I, se había apoderado de Belgrado, posición clave para dominar los Balkanes y de partida para ejercer una fuerte presión sobre Hungría y Estiria, encontrándose Austria asimismo amenazada, sultán que al año siguiente se asentaría en Rodas, expulsando a los Caballeros Hospitalarios de San Juan, para pasar a control turco el tráfico comercial veneciano y genovés con el Próximo Oriente.

Puesto que los húngaros eran incapaces por sí solos de resistir dicha presión musulmana, Carlos I confió la protección de esa tierra y del resto de los estados de los Habsburgo a su hermano Fernando, casándolo en 1522 con Ana de Hungría. Sin duda alguna, ante los derechos que podría hacer valer

el esposo de Ana de Hungría sobre este reino y sobre la corona de Bohemia, y si recordamos que ya presidía el Consejo de Regencia en Alemania y el emperador le había asignado los dominios hereditarios de los Habsburgo, naciendo así la rama austríaca de esa Casa, dichas medidas de carácter dinástico tenían gran valor para Carlos I, que sentía que Alemania podía verse amenazada simultáneamente por Francia en el Oeste y por Solimán en el Este.

Cuando nuevamente Francisco I reanudó las operaciones, el Emperador renunció a librar una batalla decisiva que, paradójicamente, tampoco buscaría el monarca francés, porque ambos rivales reconocían que las campañas lejos de las bases metropolitanas terminaban por costar más de lo que con ellas se lograba, razón de que durante dos años de enfrentamiento Carlos I sólo intentase explotar políticamente a la coalición, maniobrando para atraer a su órbita a Génova, mientras que el francés dirigía sus miradas a los otomanos. De ahí que aunque Lombardía y el Piamonte se convirtieron en teatros de operaciones, fueron muy raros los encuentros armados de cierta entidad, destacando únicamente la entrada del Condestable de Borbón, al servicio del emperador, en la Provenza, con el fin de llevar las operaciones al propio suelo francés. La decisión llegó cuando erróneamente Francisco I determinó en noviembre de 1524 sitiar Pavía, defendida por Antonio de Leyva, aprestándose el Marqués de Pescara, sucesor de Colonna, a levantar el asedio, haciéndose ahora inevitable la batalla decisiva puesto que el mando español, ante las dificultades que sufría para poder pagar a sus mercenarios y, por ello, temeroso de ver disgregarse su ejército, empujado a ceder la plaza y retirarse, no vio otro camino que presentar combate.

Como se advertirá, no fue el mando el que provocó la crisis y la batalla, sino una circunstancia muy particular, volviéndose a repetir lo sucedido a Lautrec en Bicoque pero, con la gran suerte, de conseguir la victoria y así soslayar lo que fue una nueva crisis de autoridad.

Es bien conocido que el rey francés fue hecho prisionero en ese encuentro, que perdió la Lombardía y la Provenza y pudo de nuevo Borgoña recuperar su independencia. Además, el citado monarca, encerrado en la Torre de los Lujanes de Madrid, firmó una serie de concesiones que como pronto se demostraría no pasarían de ser papel mojado, algo lógico, si pretendía el emperador excluir a Francia del sistema de estados europeos, volviendo dos años más tarde a ignorar lo firmado y aprestarse para iniciar otra contienda.

Si el primer período de hostilidades comprendió de 1521 a 1525, los próximos enfrentamientos entre ambos adversarios se desarrollarían entre 1527 y 1529, seguidos de otro conflicto entre 1536 y 1538 y un cuarto que se extendería de 1542 a 1544, sin que en ninguno de dichos períodos se vuelva a dar una batalla de carácter decisivo, como fue la de Pavía. Una constante común a los cuatro enfrentamientos se relaciona con el escaso protagonismo que en ellos tuvo la mar y, por tanto, la ausencia de verdaderos combates navales, que ciertos historiadores de ambos países, incluso en nuestros propios días, han pretendido inflar, justificar y ensalzar como si se hubiera tratado de grandes

batallas navales. Ese fue el caso del de Rapallo en 1494; el de Génova en 1512; el de Cabo D'Orso y Prevesa en 1528 o el del bloqueo de Marsella en 1536, llevado a cabo por un Andrea Doria ya español, que fueron las operaciones navales más importantes que se desarrollaron en la primera mitad del siglo XVI. Realmente no pasaron de ser acciones de escasa entidad y sin tener un gran impacto en las operaciones terrestres. Ello se debía a que las fuerzas navales de los contendientes eran excesivamente reducidas y contaban poco en los planteamientos estratégicos, en los que la decisión se daba y obtenía en la tierra, pues aunque en ciertos momentos, como en las expediciones a Túnez y Argel, se nos citan los cientos de naves que intervinieron y su estructura orgánica y operativa, su papel se limitó a ser meros transportes de fuerzas embarcadas.

Bicoque y Pavía demostraron que la táctica y hasta los mandos no eran dueños de sus propias decisiones si un ejército dependía de los contratos de sus mercenarios. Esa es la razón de que ambos contendientes se vieran empujados a tener en cuenta una serie de factores, incluso, no militares, como eran las diferencias religiosas dentro de un mismo ejército, su procedencia étnica y hasta su humor, en otras palabras, debían tener presente al iniciar una campaña, tanto la situación estratégica como la moral de las fuerzas, lo que se traducía en largas y penosas guerras de movimiento para encontrar en pueblos y villas visitados el ansiado botín, por lo que puede afirmarse que era la soldadesca la que mediatizaba la conducción de las operaciones.

Esa constante se dio en la guerra de 1527-1529, que se caracterizó por la existencia de un dinamismo degenerado, siendo Frundsberg su primera víctima cuando se sublevaron sus lansquenets y sabotearon la campaña de 1527. Otra víctima fue el Condestable de Borbón cuando entró en Roma al frente de una banda de fanáticos deseosos únicamente de consagrarse al pillaje y robo, ilustrando el llamado «saco de Roma» ese desorden en el campo militar, saqueo en el que murió el propio Condestable, según se dice, por un disparo efectuado por el famoso Benvenuto Cellini, conquistista que tendía a castigar al papa Clemente VII por haber constituido contra España la Liga Clementina, en la que figuraba Francia.

Dentro de ese conflicto en su segunda fase, cuando Lautrec entró de nuevo en Italia para «liberar a la Iglesia», obligó al sucesor del Condestable, el Príncipe de Orange, a refugiarse en Nápoles, ciudad que quedó cercada por tierra y mar, asistiéndose a la formación y liquidación de alianzas, lo que parecía demostrar que era imposible establecer una coalición sólida y permanente. Si se tiene en cuenta su favorable posición, no se comprende como Saluzo, sucesor de Lautrec, abandonó Nápoles cuando, además, un encuentro naval en sus aguas dio su control a la flota franco-veneciana. Sin duda, así lo decidió para apoyar a su compañero el Conde de Saint Pol quien, por otra parte, se veía sitiado por el general Landriano, resultados que indujeron a Francisco I a abandonar la partida después de haber agotado, por segunda vez, todos sus medios disponibles, aviniéndose a rubricar la paz de las Damas o de Cambrai, en virtud de la cual los franceses dejaban Italia, cedían al Emperador Flandes

y Artois y reconocían sus derechos sobre Borgoña, aunque, como siempre, era una renunciación que Francisco I no consideraba eterna, siendo digno de mencionar el paso al servicio del emperador de Andrea Doria, almirante que se negaba a seguir las órdenes de Francia.

No obstante, ese conflicto se vio influenciado por factores externos pues, aunque Inglaterra no había decidido todavía implicarse abiertamente en el confuso panorama continental, sí esperaba obtener ciertos beneficios como aliada de Carlos I, mientras que Solimán se encontraba ya a las puertas de Viena, al haber derrotado el 29 de agosto de 1526 a Luis de Hungría en la batalla de Mohacs.

De repente, el peligro otomano sobre Europa se convertía en una amenaza real, riesgo que se manifestaba mediante un perfecto dominio del arte militar, lo que sorprendió a los estados occidentales. Una vez más la ventaja debía pertenecer a quienes hiciesen prueba de una mayor movilidad, atacasen con mayor ímpetu y ardor y dispusiesen de un mando firme y tenaz, llegándose a la conclusión, en Occidente, que mientras el imperio erigido a orillas del Bósforo se considerase a sí mismo como un estado militar que vivía de sus conquistas, no era posible rivalizar con él. Quizá hubiera sido factible si Austria, que debía asumir la defensa de la frontera oriental de la Cristiandad, hubiera inventado o practicado una táctica especialmente concebida a hacer frente a ese adversario y hubiera enviado la totalidad de sus fuerzas hacia aquella frontera. Al no ser así, Europa volvía a enfrentarse con idéntico peligro al que había sentido con la llegada de Atila y Gengis Khan.

Sin duda alguna, los turcos eran los herederos militares de la técnica oriental y habían sabido aprovechar las experiencias de otros, principalmente de los bizantinos. Sus ejércitos se habían familiarizado con el manejo de todas las armas y habían creado entre ellas una ligazón en la que la maniobra táctica y hasta estratégica brillaba con máximo esplendor.

Occidente parecía desconocer que los otomanos disponían de una infantería que, tanto en el ataque como en la guerra de posiciones, tanto con armas de fuego como con armas blancas, era capaz de alcanzar una perfección similar a la de los jenízaros, o que su artillería había sobrepasado la fase de los tiros de eficacia, que una vez iniciada la batalla perdían todo su valor, para hacer fuego ahora disparando desde reductos naturales o preparados o desde espacios abiertos cada vez que el objetivo valía la pena y sin importar al mando el que sus propios hombres sufrieran sus efectos. Pero el elemento esencial de la táctica turca residía en el asalto masivo, desencadenado con tal impetuosidad, que solamente una defensa decidida, disciplinada y muy cerrada parecía capaz de hacerle frente y, dependiendo de la suerte o de decisiones erróneas del enemigo, ser capaz de mantener sus líneas defensivas.

Ante Viena los efectivos otomanos ascendían a unos 300.000 hombres mientras los imperiales, que por una vez y por poco tiempo olvidaron sus que-rellas, incluso, religiosas, puesto que Martín Lutero exhorto a los protestantes alemanes a prestar sincera ayuda, ascendían a 65.000 infantes y 11.000 caballos. Al frente de las tropas figuraba el propio Carlos I, quien marchó al

Danubio con sus mejores veteranos españoles e italianos, conjunto que se aprestaría a defender Viena y con ella a Europa, según disponía una táctica húngara que durante treinta años aplicarían los ejércitos imperiales.

Ella se basaba en plantear un dispositivo defensivo que debía primar sobre la movilidad, integrándose la caballería en grupos autónomos, lo mismo que la infantería dotada de picas y la artillería, táctica sobre la que posteriormente se fundamentaría la formación de los famosos Tercios que, gracias a un adiestramiento excepcional serían capaces de llevar a cabo movimientos defensivos y ofensivos de gran envergadura, para terminar siendo los grandes señores de los campos de batalla desde la mitad del siglo XVI a la guerra de los Treinta Años. Sería una especie de credo legionario que impregnaba a los Tercios lo que lograría imponer una disciplina a sus hombres aunque, eso sí, siempre que religiosamente fuesen pagados. No obstante deberían transcurrir algunas décadas antes de que dotados de más movilidad se enfrentasen con éxito a formaciones compactas, iniciando una maniobra de aproximación al adversario agrupados sobre sus banderas y marchando sobre el centro del dispositivo enemigo para luego envolverlo por las alas y dislocarlo con sus contraataques.

En Viena, Solimán no se arriesgó a un encuentro y a cambio de una tremenda pérdida de prestigio se mantuvo a distancia de la capital, limitándose a arrasar la campaña y capturar villas fronterizas. Esta opción señaló el comienzo de una fase de operaciones, en la que los asedios menores alternaban con incursiones y guerra de posiciones, maniobra otomana que prevalecería hasta la muerte del sultán, treinta y dos años más tarde, durante otra campaña en Hungría. La auténtica victoria estratégica que alcanzó el emperador se había logrado sin batalla, gracias al sistema táctico español que presentó a los turcos un bastión defensivo demasiado formidable hasta para el más grande de los sultanes turcos. Luego, y contrariamente a la regla histórica, la guerra contra el Islam por tierra adquirió un papel pasivo mientras que el encuentro decisivo tendría lugar en la mar, unas décadas después.

Aunque se salvó Viena y Carlos I se reafirmó como primer príncipe de la Cristiandad, cuando tres años más tarde éste pasó a África para asegurarse en una típica campaña colonial, que no tenía nada de cruzada, la posesión de las costas tunecinas frente a Sicilia, el dominio turco en el Mediterráneo se había afirmado y el sultán podía considerarse dueño del *Mare Nostrum*.

Su fuerza se basaba en que todavía nadie era capaz de romper la sólida barrera que mantenía a Occidente alejado del Extremo Oriente pues, dueños de la mar, los otomanos controlaban los productos de la exótica Asia que sólo llegaban a Europa si lo permitía Constantinopla. Si Occidente hubiera podido combatir al Islam conjugando sus esfuerzos con los de los soberanos de aquellos lejanos confines, le habría sido difícil a los sultanes mantener dicha barrera, pues se hubieran visto amenazados por dos frentes, pero era una perspectiva inimaginable e imposible de materializar en el siglo XVI, por lo que Europa se veía forzada a enlazar con aquellas tierras navegando por las derrotas recientemente abiertas por los portugueses.

Además, Occidente era incapaz de unirse en un solo bloque para oponerse a los turcos, pues había desaparecido el ideal religioso de la época de las cruzadas para privar ahora los intereses dinásticos. Cuando Francia estableció una alianza con los dueños de Constantinopla, para combatir a Carlos I, se facilitaba a éste su penetración en el juego político europeo y en aquel tiempo mundial, en un momento en que, paradójicamente, los ducados moscovitas y escandinavos no habían accedido todavía y permanecían aislados y ajenos al nuevo orden internacional que pretendía establecer el emperador.

Cuando Carlos I desembarca en Túnez percibe una amenaza a sus espaldas que no tardará en manifestarse, en el momento en que Francisco I renueva por tierra y mar y de acuerdo con Solimán la lucha contra el imperio español, volviendo a ser Italia el objetivo.

El encontrarse cualquier soberano siempre dispuesto a combatir será uno de los rasgos dominantes en ese siglo que, por otro lado, repudiará los tratados por inservibles. De ahí que cuanto acontezca o se emprenda revista el carácter de conflicto armado, sin que ningún problema, litigio o tensión parezca escapar a la espada, luchas por el poder y por el ideal religioso, éste en ciertos casos como tapadera de los verdaderos objetivos, que surgen por doquier, ofreciéndose como única solución para lograr los fines políticos, la guerra.

El nuevo conflicto, más encarnizado y devastador y que no se verá constreñido por ningún escrúpulo, no revelará ningún nuevo principio táctico o estratégico, mostrándose ambos contendientes hábiles en sacar el mayor provecho posible de los métodos de combate hasta allí practicados.

En contraste con los conflictos anteriores, este tercer enfrentamiento franco-español, desarrollado entre 1536 y 1538, además de poner en movimiento a toda Europa verá ampliar los teatros de operaciones, guerra que, como en las anteriores, asolará el norte de Italia y en la que Francisco I, aunque volverá a tomar la iniciativa, conquistará Saboya y penetrará en el Piamonte, verá, por enésima vez, cómo fracasa su acción ofensiva al irrumpir Carlos I en la Provenza gala, combinando el movimiento con la táctica de tierra quemada. No obstante, esa maniobra de diversión desgastará al emperador, obligándole a retirarse sin haberse producido ninguna batalla decisiva, como fue la de Pavía.

Pero la novedad radicó en que Enrique de Nassau, al servicio de España, invadió el norte de Francia procedente de los Países Bajos, encontrándose el monarca francés atacado por su retaguardia y flanco más desprotegido, lo que le impedirá alcanzar su ansiado objetivo, el Milanésado, que abandonará dejando en su retirada cuantiosas bajas. Aunque podrá rechazar la citada invasión y hasta asediar ciertas ciudades en el Piamonte, no logrará sus metas, siendo difícil predecir de qué lado se inclinará la victoria.

Es el momento en que Solimán invade de nuevo Hungría, en el que sus jenízaros asolan Estiria y una flota otomana penetra en el mar Tirreno para mostrar su pabellón en aguas bajo la soberanía española, cuando decide

Carlos I, a la vista de la situación, establecer un armisticio en 1538, conocido como la Tregua de Niza.

En realidad, las hostilidades se interrumpen cuando alcanzan su punto culminante y, esta vez, será el emperador quien abandone, tregua que preveía un período de paz de diez años pero que, como en las anteriores negociaciones, volverá a ser vulnerada, si bien permitirá a Carlos I conducir una desastrosa expedición a Argel, refugio de piratas berberiscos que perturbaban la navegación occidental, acción que tiene lugar en 1541. Francisco I aprovechará esa tregua para reafirmar su alianza con los turcos y para atraer a su órbita a Suecia y Dinamarca, lanzándose de nuevo a la lucha en 1542, dando comienzo la cuarta guerra franco-española.

Esta vez París ha meditado su estrategia y aunque piensa mantenerse en Italia decide atacar también la potencia española en los Países Bajos y en Cataluña, en este último caso no pasará de ser un intento infructuoso de apoderarse de Perpiñán, plan que introducía un nuevo elemento en un conflicto que se arrastraba desde hacía más de veinte años, el de atacar la base de partida y reducto de su oponente, la propia Península Ibérica.

Carlos I reaccionó alertando y poniendo en movimiento a Enrique VIII de Inglaterra, mientras que el Duque de Guisa atacaba desde Luxemburgo y Guasto defendía el Piamonte, al mismo tiempo que una armada franco-turca aparecía ante Niza sin encontrar oposición alguna, revelándose la alianza entre el monarca galo y Constantinopla tan peligrosa, que por un instante se pensó que podía decidir el porvenir de Occidente. Pero es en ese momento cuando surge con toda su fuerza y valor el carácter excéntrico de la Península Ibérica, que va a suministrar al emperador las fuerzas que requiere.

Pero lo que es importante señalar, es que en esa cuarta guerra el arte de la guerra proseguirá encorsetado haciéndose visible la necesidad de variar y modificarse, pues los principios hasta allí dominantes, la defensa a ultranza que prescribía la citada ordenanza húngara, unido a la táctica tradicional de ganar las guerras mediante asedios, amagos y fintas, conducían a una total paralización de las operaciones y de la maniobra y, ello, porque la guerra de movimiento que se aplicaba en ciertas ocasiones seguía siendo vista con recelo por los beligerantes. De ahí que el propio Marqués de Pescara la considerase como la negación de la acción táctica, en su opinión, porque expresaba la sujeción a reglas muy estrictas, estimando que la conquista de ciudades mediante su asedio y asalto aseguraba más el dominio del terreno que una batalla al descubierto, que costaba demasiada sangre sin posibilidad de reemplazar las pérdidas. Pero como por otra parte raramente se obtenían éxitos si las plazas se veían bien fortificadas, los resultados no conducían a resolver la situación, pudiendo afirmarse que no se perdían batallas pero tampoco se ganaban las guerras y así éstas nunca finalizaban.

Con una sensación de impotencia y después de dos años de lucha, en 1544 la contienda se había convertido en algo desesperante, pues se trataba de una guerra de desgaste pero mal interpretada, dado que ningún conflicto en sí ni por principio tiene por finalidad el agotamiento de los beligerantes. Aunque

en nuestros días hay alguna teoría estratégica que propugna ese tipo de guerra, el desgaste siempre ha sido y proseguirá siendo la expresión de la incapacidad para golpear y romper el espíritu de resistencia del adversario y, por lo mismo, su voluntad de lucha. Es por esto por lo que todas las guerras deben tener por finalidad el aniquilamiento, algo que no se daba en los conflictos del siglo XVI.

Por todo ello, a comienzos de 1544 estuvieron de acuerdo ambos contendientes en terminar ese permanente conflicto, de una forma o de otra. Por primera vez Carlos I rompe con los moldes tradicionales y se plantea marchar desde la Península Ibérica directamente sobre París, sin establecer ningún tipo de asedio como forma de alcanzar las fuentes vitales del enemigo y su centro de decisión política y militar, plan que refrendó Enrique VIII pero que por una mala aplicación de la maniobra los resultados no respondieron a sus intenciones.

De acuerdo con el plan previsto, los ingleses atacaron Boulogne sur Mer y los españoles Luxemburgo, ignorando, unos y otros, que los franceses también habían cambiado de estrategia. Ahora preconizaban una táctica más ofensiva, encarnando esa mutuación el Duque de Enghien, quien conseguiría algo que los franceses desconocían desde hacía décadas, alcanzar una victoria en campo abierto, la de Cerisoles, batalla resultante de un asedio y de una maniobra basada en el movimiento. Lo que conviene retener de este encuentro es que el ataque de la infantería se transformó en un combate cuerpo a cuerpo y que en terreno descubierto la caballería, incluso, la pesada, se reveló todavía superior a los tiradores dotados de armas de fuego.

Aunque esa victoria inclinó la campaña de Italia en favor de las armas francesas, no modificó, por el contrario, el curso de la guerra, puesto que su evolución no dependía de las operaciones llevadas a cabo en aquel teatro, sino del desarrollo de la ofensiva estratégica conducida por Carlos I contra París, que iba a obligar a Francisco I a abandonar Italia para concentrarse en la defensa de su capital. Finalmente, tampoco se dio la batalla decisiva al ser el monarca galo consciente de que después de veinticinco años de conflictos, éstos habían decidido la relación de fuerzas y empujaban a Francia a mantenerse en una situación de subordinación con respecto a España. Ese reconocimiento lo rubricaría a la paz de Crespy, firmada en aquel mismo año de 1544, en virtud de la cual, Carlos I devolvía Borgoña y el rey francés prometía ayudar al emperador en su próxima lucha contra los protestantes germanos, al tiempo que renunciaba a Flandes, Artois y Nápoles, en tanto que Paulo III convocaba el Concilio de Trento a instancias del emperador.

No obstante, la alianza de París con el turco se demostró que había sido beneficiosa para Francia, pues sólo así pudo resistir el cerco y presión que desde todos los azimuts le impuso su adversario, quien realmente no venció militarmente, sino que su victoria final se debió al peso y potencia de un imperio que todavía no había encontrado y fijado sus fronteras.

Esos cuatro conflictos pusieron de manifiesto que no eran rentables las

campañas de ruinosas derrotas y costosos triunfos; que en Pavía las fuerzas españolas sometieron a su adversario a una potencia de fuego de una magnitud desconocida hasta entonces en la era de la pólvora y que aunque por ello se ganó, la reacción que produjo iba a conducir a reemplazar el concepto de conquista coyuntural por el de consolidación de lo que se dominaba; que no sólo se confió en un arma, la infantería, para sostener un gran imperio, sino que esa arma adquiriría consistencia a costa de la movilidad, al ser sustituidos los ágiles grupos que se batieron en Pavía por Tercios agrupados; que el fuego a discreción dejaba paso a las descargas cerradas a la orden del mando, lento proceso que precisaría continuos relevos de tiradores para ocupar la primera fila y, finalmente, que las fuerzas españolas actuaron en esas guerras y continuarían actuando como fuerzas disuasivas, que salvaguardarían a Europa de una nueva conquista musulmana.

Por otro lado, se puede afirmar que en lo sucesivo la guerra no se concebirá ya como algo ajeno a la vida de los pueblos, que en el futuro, se enfrentarán en calidad de grandes potencias, situación que estudiará Clausewitz siglos más tarde, para reconocer que sería erróneo extraer consecuencias únicamente sobre la guerra en sí misma, puesto que sus deducciones eran asimismo aplicables a la política, de la cual la guerra era su instrumento. Con su máxima «hay casos en que la mayor audacia es expresión de la mayor sabiduría», Clausewitz se refería al Emperador y a su política al haberse arriesgado durante años, poniendo fin a su lucha con Francisco I en el momento en que Solimán se encontraba en el vértice de su poder y amenazaba al conjunto del mar Mediterráneo, forzando a Fernando de Austria a pagarle un tributo anual de 30.000 ducados.

En la vertiente naval, entre 1508 y 1510, en el período de la llamada Regencia, se conquistó el Peñón de la Gomera, Orán, Bugia y Trípoli, expediciones en las que los buques se limitaron, como ya mencionamos, a servir de meros transportes de fuerzas terrestres. Con Carlos I, el paso de Andrea Doria a su servicio fue fundamental, disponiendo su marina en 1531 de escasas unidades: once galeras de España al mando de Bazán, cinco de Sicilia, cuatro de Nápoles, más quince del propio Doria y algunas otras de Génova, Mónaco y de la Religión de Malta.

Pero la acción naval más importante de su reinado fue la expedición a Túnez, puerto del que en 1534 se había apoderado Barbarroja, campaña dirigida por el propio emperador e iniciada en 1534 en la que intervinieron 400 embarcaciones muy heterogéneas, galeras, galeotas, naos, carracas, fustas, carabelas, zabras, galeones, etc., embarcando 25.000 hombres y 2.000 caballos, finalizada con éxito al permitir la conquista de Túnez, Bona, Bizerta y el fuerte de la Goleta. De signo totalmente diferente fue la empresa de Argel, llevada a cabo en 1541 con el fin de apoderarse de aquella base logística y de operaciones de la flota turca y nido de corsarios, al terminar destrozada la flota de desembarco por los malos tiempos.

Las campañas de Carlos I en Alemania

En sus luchas contra Francia, Carlos I demostró que sabía dosificar con sumo cuidado su tiempo y sus fuerzas, siendo la mejor prueba de ello su consagración a poner en orden Alemania tan pronto como se cerró su contencioso con Francisco I. Hasta entonces fue consciente de que le había sido preciso evitar todo conflicto con el protestantismo y los distintos príncipes alemanes, entre otras razones porque tenía necesidad de su concurso y de las fuerzas militares de estos para combatir a Francia y Constantinopla; pero la paz de Crepy le había dejado las manos libres para actuar y enderezar una situación que se había deteriorado y actuaba en su contra, libertad de acción que se había reforzado al establecer con el sultán en 1545, en Adrianópolis, un armisticio.

Precisamente desde 1545 todo hacía presagiar el estallido de un conflicto armado en Alemania, al haber sido inútiles los esfuerzos del emperador para llegar a un acuerdo con los protestantes agrupados en la Liga de Smakalda y decidir éstos en la Dieta de Worms, en aquel mismo año, no asistir al Concilio de Trento, conflicto armado que se adivinaba como el único medio para resolver el problema religioso por la fuerza y confirmar Carlos I su sueño de dominio universal.

Pero es que, además, el Emperador estimaba que ese dominio se convertiría en una simple influencia española en Europa si Alemania no se sometía a la autoridad imperial y rechazaba reconocer ese imperio de carácter dinástico y militar, pensamientos que reforzaban su idea de que la lucha era inevitable, aunque fuera consciente de los riesgos que iba a asumir, y de que si no alcanzaba su objetivo perdería Alemania ese preciado bastión de su imperio.

Abierto el conflicto en 1546, Carlos I aprovechó la desconfianza y desacuerdo que reinaba entre los miembros de la Liga para maniobrar a placer entre Augsburgo e Ingolstadt, manteniéndolos en una perpetua indecisión con su táctica de escaramuzas y tierra quemada, viéndose además favorecido al negarse sistemáticamente los coaligados de Smakalda a aceptar la batalla y haberse hecho con los servicios de Mauricio de Sajonia, experto maniobrero.

Conquistada Bohemia, punto de apoyo para la campaña de Alemania, y cuando el rey Fernando y Mauricio de Sajonia amenazaron las tierras del príncipe elector Federico de Sajonia, el ejército protestante concentrado en Ulm se disgregó, retirándose los príncipes de Hesse y Sajonia a defender sus posesiones y abandonadas e indefensas las ciudades de Alemania del sur, que solicitaron la paz.

No obstante, Federico de Sajonia aún creyó poder asegurarse el triunfo, olvidando que Carlos I tenía por costumbre esperar sin renunciar a su hora. No atacándole en Eger y retirándose a Sajonia, el elector le hizo el juego que aquel deseaba, permitiendo que el 4 de abril de 1547 el Duque de Alba se presentase y combatiere, siendo herido el elector cuando intentaba eludir el contacto que iba a desembocar en la gran batalla de Muhlberg, ganada por el Emperador y que condujo a su otro adversario, Príncipe de Hesse, a detener sus operaciones considerándose liquidado el conflicto.

Una vez más la campaña se distinguió por la alternancia de maniobras y negociaciones, de desplazamientos de fuerzas y acciones de persecución pero sin darse choques violentos, excepto en la mencionada batalla, por lo que no tuvo carácter de verdadera guerra, habiéndose convertido en los protagonistas del escenario la infantería y caballería del Duque de Alba. Asimismo, consagró definitivamente las armas de fuego portátiles que permitían a los mosqueteros combatir sin otra ayuda, mientras que la caballería, dotada de armas cortas, aplicó una táctica denominada de la «caracola» que se consideró como una forma elegante de luchar. Por su parte, la artillería conseguía ya desplazarse con cierta facilidad, pudiendo hacer fuego en mejores condiciones aunque con un ritmo todavía muy lento y una gran dispersión. Otro dato a señalar se relaciona con el fusil, pues su desarrollo iba a subordinarse a la invención del mecanismo de disparo; cuya mejora preocupó a lo largo de todo el siglo XVI y que jugará un papel decisivo en la guerra de los Treinta Años, cuando el sistema tradicional de mecha, que había aparecido en el siglo XV, deje paso a la chispa producida por una piedra de pedernal o sílex en el siglo XVII, salto cualitativo que permitirá, a partir de entonces, la descarga de salvas en cortos intervalos y durante largo tiempo, saliendo así el combate de los estrechos condicionamientos en que hasta allí se había mantenido.

Si la guerra de Smakalda no ofreció nuevas tácticas ni grandes encuentros, sí contribuyó a que se generalizase la maniobra basada en la movilidad de pequeños grupos operativos, que en muchos casos actuaron como simples bandas incontroladas y alejadas de los verdaderos ejércitos que se enfrentaron en las dos últimas guerras franco-españolas en los campos de Flandes y Lombardía. Pero la conclusión más importante fue que los conflictos continuaban ajustándose a moldes del pasado, quizá porque la guerra era aún un arte difícil de dominar para poder explotarla a fondo.

Años después de Muhlberg, Carlos I inició la lucha contra una Liga reconstituida, en la que ahora figuraba Mauricio de Sajonia, quien solicitó y obtuvo el apoyo de Enrique II de Francia, al que prometió los obispados de Metz, Toul y Verdún y quien derrotaría al Emperador en Innsbruck. El conflicto finalizaría cuando, cansado el emperador y al no fraguar un intento de acuerdo con los príncipes alemanes en la Dieta de Passau, en 1552, aceptó la proclamación de la libertad religiosa en la paz de Augsburgo, en 1555, un año antes de entregar la corona española a Felipe II y la de Alemania a su hermano Fernando, quien además retenía los territorios austriacos.

En realidad, ese segundo conflicto religioso lo heredará el nuevo monarca español, quien lo proseguirá pero en su vertiente francesa. Felipe II, señor de España, de los dominios italianos, estados de la casa de Borgoña y territorios de Ultramar, encarnará el ideal de rey absoluto que vinculará el Estado a su persona, girando su ideología política alrededor del eje de la unidad católica y de la hegemonía hispánica. Decimos que heredaría el conflicto con Francia, pues aunque Carlos I firmó en 1556 la paz de Vaucelles con ese país, Enrique II no respetaría lo firmado, lanzándose en aquel mismo año a una nueva campaña contra España.

Evolución del arte militar con Felipe II

En el nuevo enfrentamiento franco-español solamente se dieron dos batallas importantes, la de San Quintín en 1557, que abrió a las fuerzas españolas el camino hacia París, lo que se hubiera logrado si núcleos importantes de aquellas tropas no se hubieran opuesto a alcanzar la capital francesa descontentas por la falta de pagas y la victoria que se obtuvo en Gravelinas al año siguiente, campaña larga que tuvo escasa repercusión en Italia y que se cerraría en 1559 con la paz de Cateau-Cambresi. De nuevo Francia renunciaba al Franco Condado y Nápoles, pero conservaba sus conquistas en Flandes, excepto Chavelas, paz que permitiría al monarca español intervenir en la política francesa por su matrimonio con Isabel de Valois, hija de Enrique II, para quien Flandes era ahora más importante para Francia que la Saboya y Piamonte. Asimismo Enrique II recuperaba Calais, abandonado por los ingleses, lo que compensaba al país vecino de las derrotas sufridas durante la guerra de los Cien Años.

Para Felipe II, el dominio del Franco Condado, Italia y los Países Bajos le permitía proseguir cercando a Francia mediante una tenaza, presión que se intensificaría años más tarde, cuando en 1584 el rey español apoye a la Liga Católica de los Guisa en su lucha interna contra el heredero hugonote Enrique de Borbón y Navarra, futuro Enrique III, abriéndose un sexto conflicto en el siglo, en el que las armas españolas conquistarán Amiens y Calais, si bien la alianza franco-anglo-holandesa le inducirá en 1598 a firmar la paz de Vervins con su vecino.

Pero un acontecimiento capital que surge en 1566, aunque sus antecedentes se remonten a años antes, se relaciona con el levantamiento de los Países Bajos contra el dominio español, que va a desplazar brutalmente el centro de gravedad de la estrategia militar y política hacia el Norte.

En sus comienzos ese conflicto nos anuncia ya el paso a una táctica que presenta ciertos signos reales de madurez y modernidad, al mismo tiempo que aparece más próximo lo que muchos años después se denominaría «gran estrategia», que la materializará la marcha del Duque de Alba desde Italia a Flandes con el fin de apagar la rebelión y afirmar la soberanía de Felipe II en aquellas brumosas tierras. Esa rebelión la había motivado la negativa real a las peticiones de los nobles Egmont, Horn y Guillermo de Nassau, Príncipe de Orange, y no resolver la situación el Compromiso de Breda, causas a las que también se añadía la instauración del llamado Tribunal de la Sangre.

Esa marcha, desde el punto de vista militar, de la situación internacional y considerada en el cuadro de la época, iba a tener para Europa consecuencias muy profundas. Desde una perspectiva militar será la primera guerra que se imponga a un pueblo que tratará de luchar por su libertad y en la que las operaciones las dirigirá un prestigioso y eficaz general que decidirá aplicar a rajatabla las directrices que emanan de su rey; conflicto que comenzará en 1567 y que, inmersos en él, se prolongará en el siglo XVII, al finalizar en 1648.

Cuando en 1567 se produce esa marcha del Duque de Alba, las guerras de

la época de Carlos I han llegado a su fin. Las cuatro grandes figuras que con sus características diferenciales habían llenado e ilustrado gran parte del siglo XVI ya no existían. Enrique VIII de Inglaterra y Francisco I de Francia se habían reunido con sus antepasados en 1547, mientras que en 1558, en el monasterio de Yuste, Carlos I abandonaba este mundo que prácticamente había dominado, en tanto que Solimán el Magnífico fallecía en 1566 en su tienda de campaña, ante Sziget.

Con la muerte del Sultán los turcos se alejarán del teatro de operaciones europeo, pudiendo decirse que si Solimán conquistó Bagdad, Tabriz, Buda y Rodas, en Viena había sido detenido y obligado a replegarse, hecho que debe tomarse como decisivo para la futura construcción europea.

A partir de 1556 en que Felipe II accede al trono, el sistema europeo, sobre el que ya no va a pesar ningún poder imperial, se encuentra en un proceso de fermentación que inconscientemente prepara su porvenir, así como los contornos de las naciones que lo van a componer.

Por otro lado, la estrategia continuará precediendo a la política, y a sus condicionantes se deberá la delimitación del Viejo Continente, en el que la guerra se adaptará a los dictados de su geopolítica. Asimismo, los movimientos religiosos se mezclarán con conflictos de autoridad que tratarán de reforzar los poderes territoriales, lo que dividirá y enfrentará profundamente a Europa, conflictos de autoridad que llevarán a una consolidación de las casas reinantes, viéndose absorbidos los restos del feudalismo por el absolutismo de los reyes.

Una evolución paralela se producirá en el Este, pues los ducados que aún subsisten entre el Volga y mar de Aral, con una mentalidad heredada de Gengis Khan, se integrarán en la Rusia moscovita. Iván IV, el llamado el «Terrible», pondrá en movimiento y en todas las direcciones a unos pueblos surgidos de las invasiones tártaras, alcanzando sus conflictos a Crimea, Urales, Kazán y hasta las costas del Báltico para constituir, frente a las hordas de la estepa, un gran imperio, aunque con demasiados caracteres y antecedentes asiáticos, poder que comenzará muy pronto a ejercer una presión sobre el conjunto de los estados europeos al solicitar Moscú el puesto que le corresponde en el juego político europeo.

Además, Iván pondrá las bases para establecer un poder militar moderno formando una infantería, en la que los boyardos serán su espina dorsal, ejército que abandonará su tradicional dependencia patriarcal, transformándose así los zares en el factor dirigente de la potencia militar rusa que se caracterizará por continuar siendo fiel a los modelos asiáticos, lo que entrañaba el derroche y dispersión de las fuerzas combatientes, clara herencia militar tártara, no adoptando la táctica europea hasta que sea implantada, más tarde, por Boris Godounov.

En Asia, el arte militar proseguirá sometido a métodos arcaicos. En el siglo XVI China será todavía incapaz de encontrar mandos idóneos que adiestren a sus hombres en el manejo de la artillería y, si cuenta con masas mongoles a su servicio, no poseerá capitanes de cierta talla, mientras que en el

ámbito naval esa incapacidad será aún mayor, lo que le impedirá expandirse por el Pacífico, algo que la potencialidad de la dinastía Ming debía haberle permitido. En cuanto al Japón, continuará sumido en luchas intestinas y encerrado sobre sí mismo y, únicamente, un descendiente lejano de Gengis Khan y de Tomur añadirá en la India un capítulo glorioso de conquistas. Este personaje fue Baber, quien en 1525, el mismo año que Carlos I triunfaba en Pavía y Solimán aplastaba a los húngaros en Mohacs, partía de Samarcanda para apoderarse de Afganistán y después de franquear el Indo establecía un imperio en Delhi, convirtiéndose en el primer Gran Mogol, imperio que se mantendría durante más de tres siglos.

Regresando a Europa, el Duque de Alba inició su marcha en 1567 franqueando Monte Cenís a la cabeza de 10.000 hombres, para remontar seguidamente el Ródano y Saona y atravesando el Franco Condado y Luxemburgo llegar a Bruselas. Pero lo que interesa destacar, es que el conflicto de los Países Bajos, comúnmente llamado de Flandes, terminará por dejar obsoleta la táctica aplicada hasta ese momento, al encontrar nuevos moldes que sancionarán y justificarán una guerra de independencia nacional, la primera de ese tipo que se produce en la Edad Moderna.

Alba confió el mando de sus fuerzas a capitanes experimentados que trataron de reemplazar el valor individual por una rígida disciplina y subordinación, teniendo los efectivos y cuadros plena conciencia de la importancia de las nuevas armas de fuego, especialmente de los arcabuces de un modelo perfeccionado y del que se había dotado a los tiradores, que suponían la quinta parte de las tropas del duque. Asimismo, contaba con un buen material de artillería y de ingenieros, viéndose apoyadas las fuerzas españolas por una logística bien organizada y sin que temiera emprender una campaña mientras Madrid hiciese llegar regularmente las pagas de los soldados.

Ante la situación que reinaba en los Países Bajos, de desorden y franca desobediencia civil, intensificada con la ejecución de Egmont y Horn, el Duque de Alba no se precipitó, limitándose a instalar fuertes guarniciones en Bruselas, Amberes y Gante, centros políticos y económicos del país. Su adversario, Guillermo de Nassau, Príncipe de Orange, refugiado en Alemania, iba a tomar una errónea decisión, la de reclutar fuerzas y enviarlas al encuentro de los españoles sin lograr en ningún caso establecer contacto, lo que indujo a Alba a dirigir sus esfuerzos a un punto débil de su enemigo, Coqueville, quien procedente de Normandía había invadido el Artois siendo batido por los españoles. Esta victoria se vería empañada cuando, casi simultáneamente, el Duque de Ahremberg fuera incapaz de derrotar a Luis de Nassau que procedía de Frisia, siendo vencido por éste en los campos de Groninga, aprendiendo entonces los españoles que una sola derrota en un país alzado en armas podía costar más caro que toda una serie de reveses en un conflicto con otro estado.

La insurrección, que había terminado por contagiar a todas las provincias flamencas, amenazaba las comunicaciones del Duque de Alba, por lo que éste decidió lanzar una ofensiva contra Luis de Nassau, al que venció en Jengum,

y proseguir su acción contra Guillermo de Orange, quien había cruzado el río Mosa y ponía sus esperanzas en una batalla que reanimase la fe y confianza del país en su causa. Maniobrando con inteligencia, Alba eludió el encuentro consagrándose a aniquilar grupos rebeldes y, por medio de maniobras, forzó a Orange a marchas y contramarchas que acabaron por agotarle, replegándose hacia la frontera francesa y dispersándose su ejército en completo desorden camino del Rin y del Mosela.

Así daba fin la primera guerra de movimiento de la Edad Moderna, en la cual el vencedor no había renunciado jamás a la victoria pero a la que había rehusado ante la facilidad del adversario para romper todo posible contacto, si la ocasión no le era propicia, y refugiarse en Francia o Alemania.

Pero lejos de someter al país, las duras medidas tomadas por Alba provocaron un nuevo levantamiento más importante que el precedente, al beneficiarse los rebeldes del abierto apoyo de Inglaterra, Francia y príncipes alemanes, insurrección que esta vez debía conducir a una verdadera guerra de independencia nacional, afirmándose un principio muy general en la Historia, el de que lo que un general gana en un conflicto puede perderse cuando éste se convierte en político.

Esa insurrección iba a comenzar al año siguiente de haber conseguido Felipe II una resonante victoria en un alejado teatro de operaciones, en el Mediterráneo. Tras haber fracasado los turcos en 1565 ante Malta, cinco años después invadieron Chipre, apelando Venecia a toda la Cristiandad en ayuda a aquella posesión insular, recibiendo eco su llamamiento y constituyéndose en el verano de 1571 una fuerza naval a las órdenes de Don Juan de Austria, flota coaligada en la que figuraban unidades de los tres poderes que habían constituido la Liga Santa, esto es, Venecia, España y el Pontificado.

Antes de que la formidable armada cristiana se hiciese a la vela, Chipre había caído en poder de los otomanos, repartiendo sus fuerzas Don Juan, de tal manera que ninguna escuadra podía afirmar que pertenecía por entero a una sola potencia, formando una línea de batalla con tres escuadras en cabeza y una cuarta de reserva. Mandaba el ala izquierda el veneciano Barbarigo, la derecha Doria y el centro el propio Don Juan, embarcado en la galera *Real*, teniendo en su proximidad las galeras de Colonna, almirante del Papa, y las del veneciano Veniero, en tanto que el Marqués de Santa Cruz dirigía la escuadra de reserva.

No vamos a relatar la batalla, bien conocida y explicada. Solamente señalaremos que la maniobra tuvo poco que ver con los resultados, pues Lepanto fue virtualmente un combate terrestre sostenido por dos ejércitos en las cubiertas propias o en las del adversario, íntima mezclanza de dos flotas, puesto que se vio cómo las galeras atravesaban las líneas y atacaban por la retaguardia. Asimismo, el cañoneo y abordaje fueron empleados por ambos bandos durante tres horas de desesperada pugna en la que los cristianos obtuvieron la preponderancia, especialmente debida a la veterana infantería española que, en combate cuerpo a cuerpo, logró que se desmoronase el centro turco conduciendo a un colapso general de éstos.

Como Salamina, representó una batalla de infantería librada sobre plataformas flotantes, diciéndose de esa victoria que fue el encuentro más decisivo desde la batalla de Actium el año 31 antes de J. C. Tras esa derrota, el poder naval otomano declinó tan rápidamente como había surgido, de forma que en lo sucesivo Europa sólo tendría que contender con intermitentes incursiones piráticas.

En otro aspecto, como única contribución táctica los turcos introdujeron la galeota de 18 a 24 remos, buque que debía considerarse como una galera de tonelaje medio y muy idónea para incursiones, dada su velocidad y maniobrabilidad. En el otro extremo los venecianos presentaron la galeaza, término aplicado a una galera de gran tamaño, aunque las que intervinieron en Lepanto eran otra cosa, al tratarse de unidades que buscaban combinar el tipo galeón con el de la galera, es decir, con la masa fuerza y armamento del galeón y la propulsión a remos de la galera, pero, como la mayoría de los buques mixtos, ese modelo tendría una corta existencia, siendo por otra parte digno de advertir que en Lepanto no intervendría ningún galeón, y eso a pesar del buen resultado que dio en la anterior batalla de Preveza.

La nueva fase de la rebeldía de los Países Bajos se abrió en 1572 cuando los llamados «mendigos del mar» tomaron por sorpresa Brill, Flesinga, Diest y la isla de Voorne, al tiempo que se obligaba a las guarniciones españolas del litoral a replegarse hacia el interior, por lo que de ese modo la costa se abría a todo tipo de acciones e incursiones.

Casi simultáneamente Luis de Nassau reaparecía en el Brabante y se apoderaba de la fortaleza de Mons, mientras el Príncipe de Orange atravesaba el Mosa y tomaba Roermond, Malinas y Tirlemont, estableciendo su cuartel general en Lovaina, permaneciendo a la expectativa en Bruselas el Duque de Alba, evaluando la amenaza y la relación de fuerzas. Finalmente, tomó la decisión de encerrar en Mons a Luis de Nassau, lo que impulsó a Orange a acudir en su ayuda pero, siendo incapaz de enfrentarse a los españoles atrincherados alrededor de aquella plaza que asediaban, se vio impulsado a iniciar, una vez más, la retirada y repasar el Rhin, terminando Nassau por rendir la fortaleza.

Por su acción concéntrica, Alba, además de apoderarse de Haarlem, expulsaba a los rebeldes del territorio sin haber corrido ningún riesgo, aunque, de nuevo, en su papel político, como gobernador general, iba a fracasar con sus medidas de dureza.

Cuando en diciembre de 1574 el Duque de Alba, tras el desastre de una pequeña flota española en Enckhuysen, fue relevado por Luis de Requesens, abandonó una misión que parecía ya no tener salida, debiendo reconocerse que en esta segunda fase del conflicto había hecho una correcta aplicación de los principios tácticos, cuyo valor se confirmaría años después, en 1580, durante la invasión de Portugal, en una acción combinada con las fuerzas navales del Marqués de Santa Cruz. De igual modo habían intervenido decisivamente en el éxito la disciplina y el adiestramiento de un ejército que desde hacía largo tiempo había perdido la fe en su cometido, por haberse des-

gastado al tomar parte en vanas operaciones contra un enemigo invisible y de represión.

La crisis a la que estaban expuestas las fuerzas españolas no se hizo esperar, como consecuencia del endurecimiento de la violencia por ambos bandos y pretender los españoles, en muchos casos, vivir a costa de las poblaciones tomadas al adversario. Sin duda, con Requesens se obtuvieron nuevas victorias en campo abierto y se conquistaron fortalezas y provincias, pero eso no impidió que, ahora, la disciplina se resquebrajase, en gran parte debido a los mercenarios, cuyos malos espíritus no tardaron en surgir al degenerar el conflicto en actos de pillaje y de amotinamientos de una soldadesca que, al no ser pagada, acababa por no obedecer a sus mandos y actuar, generalmente, como bandas incontroladas que recorrían el país.

Como resultado de esa situación, cuando en octubre de 1576 entraron los españoles en Amberes, los vencedores se consagraron durante tres días a saquearla, con tal furor, que de allí procede la frase «la furia española». Dicho panorama fue el que impulsó a Felipe II a restablecer el orden y la disciplina en los Tercios, pero también para congraciarse con los holandeses al aceptar por el Edicto Perpetuo los compromisos que establecía la llamada Pacificación de Gante, suscrita por los católicos del sur y los calvanistas del norte (Zelanda y Holanda), que prescribía la retirada de los Tercios y respetar las libertades de Flandes, a cambio de conservar el territorio la fe católica y reconocimiento de la autoridad del nuevo gobernador, Don Juan de Austria, quien sería incapaz de enderezar la situación al entrar el movimiento independentista en su recta final y fallecer al año siguiente en unos momentos muy difíciles para España en aquella región.

Ni el gobierno claramente conciliatorio de Don Juan, ni la victoria de su sucesor Alejandro Farnesio en 1578 en Genbloux y la confirmación por éste de las libertades de las provincias del sur agrupadas en la Unión de Arras, como tampoco el asesinato de Guillermo de Orange en 1584 o la reconquista de Amberes en 1585 por el mismo Farnesio, años después de haber declarado la Unión de Utrech la independencia de los Países Bajos, iban a lograr que en las provincias en las que se había instalado sólidamente la Reforma volvieresen a la soberanía española.

Sin duda, en ello también influyó el haber encontrado los rebeldes en Mauricio de Orange un buen sucesor de su padre Guillermo, así como el fracaso de la Gran Armada, tema en el que no entramos al haberse escrito hace unos años una serie de obras sobre dicha efeméride, publicadas en 1988 por el Instituto de Historia y Cultura Naval, acontecimientos que hacían inviable que España pudiera ganar dicha guerra.

Por primera vez aparecía netamente que una guerra de independencia no podía acomodarse ni resolverse mediante negociaciones y concesiones, y que el dominio de la mar tenía una importancia decisiva en aquel conflicto continental. La pérdida de la Armada privó a España del control de las aguas del Mar del Norte y Canal de la Mancha y, con él, las comunicaciones de Farnesio con su retaguardia peninsular, viéndose forzado a combatir en un territorio

alejado y aislado en el que sólo podía contar con sus propias fuerzas. Pero es que, además, Farnesio cometió el error de iniciar incursiones en Francia en apoyo de la Liga Católica, puesto que esas operaciones terminarían por agotar sus recursos militares.

A pesar de todo ello, durante cuatro años combatiría a Mauricio de Orange pero sin ganar un metro de terreno y a su muerte, en 1592, Farnesio dejaba en manos de su rival todo el país comprendido entre Ems y la desembocadura del Escalda y sin que la abdicación de Felipe II de la soberanía de los Países Bajos en su hija Isabel Clara Eugenia sirviera para nada, al ser rechazada su autoridad por las provincias del norte.

A la muerte de Felipe II en 1598, las provincias rebeldes estaban ya perdidas para España y dos años después, en 1600, Mauricio derrotaba a los Tercios en Nieuport, entrándose en el siglo XVII sin que la conquista de Ostende por Spínola en 1604 evitara que Felipe III acordase una tregua por doce años que prácticamente implicaba el tácito reconocimiento de la independencia de los Países Bajos, declinando rápidamente la soberanía de España, a partir de allí, en lo poco que aún dominaba.

La lucha que llevaron los neerlandeses, en cierto modo muy análoga a la que condujo a los suizos a su emancipación, provocó una renovación en los métodos de combate practicados hacía muchas décadas por los helvéticos, puesto que los holandeses se vieron obligados a luchar en condiciones diferentes y, por ello, no pudieron acomodarse a la táctica suiza, que era muy primitiva al basarse esencialmente en lanzarse en masa y con gran ímpetu al asalto formando cuñas que se sostenían unas a otras. Ahora, con la generalización de las armas de fuego y la acción combinada de las tres armas reina (infantería, caballería y artillería), todo era muy diferente, aplicándose métodos que diferían totalmente de la táctica española, al haberla despojado Orange de toda su rigidez y refundirla con normas propias de un ejército popular y guerrillero.

Por su parte, los españoles recurrieron con gran visión a una táctica diferente y muy flexible, lejos de los severos principios de la llamada ordenanza húngara de los tiempos del emperador. A las formaciones en cuadro, demasiado masificadas y lentas, se las fraccionó en secciones de 500 hombres articulados en dieciséis líneas en profundidad, colocándose a los tiradores en los flancos; por su lado, a la caballería, cuya utilización en grandes formaciones cerradas también dificultaba su maniobra, igualmente se la fragmentó en pequeños escuadrones dotados de más movilidad en sus evoluciones, mientras que la artillería había comenzado a aplicar dos modalidades, la de apoyo a la infantería y el fuego de concentración o castigo. En resumen, Alba y Farnesio adoptaron un dispositivo que olvidaba viejos moldes pero que implicaba un mayor adiestramiento de las fuerzas, lo que no podía concebirse sin una vuelta a una estricta disciplina y obediencia a los mandos, al tiempo que permitía poner en línea más fuerzas que las que se integraban en las antiguas formaciones cerradas en cuadro.

Tampoco olvidemos que Farnesio encarnó la estrategia dilatoria que tra-

taba de alcanzar la misión impuesta con el menor desgaste posible mediante un cambio de posición, flexibilidad, rapidez en los movimientos y ejecutando continuas maniobras de diversión que le permitiesen alcanzar una total libertad de acción, incluso para evitar la batalla si ésta no le convenía, pero pesando decisivamente, directa o indirectamente, sobre las operaciones del adversario. Además, de acuerdo con las máximas establecidas por Maquiavelo, al que debió estudiar, hizo un buen uso del factor sorpresa, esto es, «saber conocer la ocasión precisa y no perderla cuando se presenta», así como del principio de la economía de fuerzas, «no oponer fuerza a fuerza, sino fuerza a debilidad», condenando la persecución tal como hasta allí se había practicado. No obstante, al final Farnesio cometió el error ya mencionado, intervenir en las luchas intestinas de Francia perdiendo lo que de otro modo pudiera haber ganado.

La ventaja de los rebeldes residió en haber sabido mantener a sus fuerzas bajo mandos estimados, por lo que se preocuparon de inculcar a sus hombres una cierta moral, en la que se mezclaban dosis de fe religiosa y de patriotismo o nacionalismo, además de haberles pagado un sueldo sustancial regularmente.

Asimismo las guerras de Flandes y de Religión demostraron que los conflictos motivados o en los que intervenía el factor ideológico o místico son difíciles de frenar y, por tanto, son conflictos inútiles, bastando con recordar las recientes guerras de la descolonización o Vietnam en nuestro propio siglo, puesto que no se puede destruir las ideas con las armas ni modificarlas cuando se sostienen con firmeza.

En el ámbito naval, la eclosión del poder marítimo holandés se basó en la improvisación, si bien el papel del mar no fue excesivamente relevante en las operaciones, que se limitaron a encuentros menores. Quizá lo más llamativo fue la aparición de los «mendigos del mar», a cuyo frente figuraba Boissot, ofreciéndose el choque más interesante ante Middelburg, plaza cercada por los rebeldes que Requesens trató de aprovisionar con setenta y cinco pequeñas unidades, intercalando ambas andanadas a corta distancia antes de iniciarse el abordaje en el que llevó la peor parte la flotilla española, que perdió quince buques y 1.200 hombres, conduciendo ese resultado a la capitulación de la plaza. Otro triunfo de Boissot se dio en 1574 al destruir catorce embarcaciones españolas en Scheldt, lo que motivó que en adelante las aguas interiores pasasen al control neerlandés, afectando a las operaciones terrestres en sus aspectos de apoyo logístico y comunicaciones.

Algunas conclusiones y comentarios

Se puede afirmar que al finalizar el siglo XVI el arte de la guerra se fundamentaba en la potencia de fuego y en la aceleración de los desplazamientos, siendo conscientes de que el proyectil alcanzaba antes su blanco que un hombre portando pica o espada, y de que podría llegar un día en que fuera posible cargar tan velozmente mosquetes y cañones, que sus salvas pudieran asimi-

larse a un huracán de fuego. Pero el reconocimiento de esa verdad se mezcló desde el principio con un elemento perturbador, la tendencia a alcanzar en cortos espacios de tiempo un resultado favorable mediante la eficacia de un fuego absoluto que contuviese a la infantería y desarmase los barcos, llegandose infinidad de veces a retener a la caballería para obligarla a usar sus pistolas y arcabuces antes de iniciar la carga.

A finales del siglo XVI y durante la guerra de los Treinta Años, esas ideas condujeron a resultados diferentes de los previstos y motivaría la paralización de la caballería, que, liberada de antiguos principios tácticos totalmente ya superados, se había constituido en arma autónoma. Durante la guerra de los Treinta Años se verá aún a los coraceros españoles e imperiales avanzar al paso ante el enemigo con el fin de agotar sus pólvoras, dejando, incluso, pasar la ocasión de lanzarse a la carga.

En otro orden de cosas, es evidente que para su época Alba, Farnesio y Orange establecieron unas reformas esenciales, aligerando los frentes de combate y dando más atención a los fuegos cerrados, aunque la «gran guerra» proseguirá durante décadas aferrada y fiel a la antigua táctica de los Tercios. De ahí que en los tiempos de Tilly el orden de batalla se asemejará a una fortaleza masiva, tan ancha como profunda, que ondulará por el campo de batalla tratando de aplastar al enemigo.

Hemos citado a Maquiavelo y no se puede conocer ningún problema militar o estratégico de comienzos de la Edad Moderna sin recordar su figura y sus escritos.

Antes de entrar en el siglo XVI raramente se estudiaba la naturaleza del arte militar ni se le definía correctamente, lo que no significaba que no hubieran existido preocupaciones sobre el desarrollo histórico de los acontecimientos bélicos, puesto que tanto filósofos, historiadores y literatos como caudillos y capitanes de la Antigüedad y Edad Media relataron o dejaron constancia de los hechos acaecidos en aquellos tiempos de la Historia. Después, a comienzos de la Edad Moderna, los escritos de los viejos historiadores de temas militares se redescubrieron, tal como lo demostró Carlos I, cuando, después de leer con fervor los relatos de Julio César, envió una comisión a Francia con el solo objeto de comprobar la veracidad de los datos que aquel ofrecía sobre sus campañas en la Galia.

No obstante fue Maquiavelo el primero en exponer la naturaleza de la guerra, emitiendo ideas que hasta entonces no se habían escuchado. Tras admitir que la caballería debía ceder su puesto privilegiado a la infantería como arma decisiva, concepto que se ratificaría en ese mismo siglo, consideraba que las legiones romanas y el sistema de reclutamiento universal, que se impondrá en el siglo XIX, eran modelos a imitar. Sin duda Vegetio, al escribir en el siglo IV su *Re Militari* tras el desastre de Adrianópolis, no podía imaginar que su glorificación de la Legión romana, ignorada por los descendientes romanos de su tiempo, había de dar frutos mil años más tarde.

Pero su concepción se basaba en un error fundamental, al olvidar que el éxito de las legiones se había debido a una disciplina férrea y absoluta, base

de la organización militar romana, algo difícil de conseguir en el siglo XVI con ejércitos plagados de mercenarios apátridas. Pero sería injusto que por ello se minimizase el valor de sus obras puesto que, como acabamos de señalar, recordó la necesidad de resucitar el reclutamiento universal como en tiempos del Imperio Romano. En otras palabras, opinaba que los ejércitos nacionales en los que se integraba el soldado-ciudadano habían dejado anticuado el concepto de guerra medieval, ideas que se abrirán paso lentamente en el siglo XVI, en el que se pondrán los cimientos de los ejércitos permanentes y que provocarán que el servicio militar o de las armas cese de ser privilegio de una determinada clase social para convertirse en un deber y en una función pública.

No obstante, como Maquiavelo era más bien un doctrinario que un militar profesional, le faltó la facultad de percibir con suficiente realismo los diversos factores que provocan e intervienen en los conflictos.

En el ámbito naval, al finalizar la época medieval las naciones más importantes siguieron el ejemplo inglés de construir buques de guerra para no tener que depender en una emergencia de barcos mercantes armados.

El origen de ese acontecimiento que haría de Inglaterra durante 350 años la potencia naval más fuerte del Globo, radicó en el interés de Enrique VII por sus nuevos navíos *Regent* y *Sovereign*, y, después, en el hecho de que su hijo Enrique VIII reconociera que los remos debían dejar lugar a la vela y la táctica del abordaje a las andanadas de artillería. De ahí que entre 1520 y 1530 las fundiciones se convirtieran en establecimientos permanentes capaces de asegurar la artillería, que requerían buques como el *Great Harry* o *Henry Grace a Dieu*, rearme que le permitía la situación financiera del reino, que, como se conoce, se nutría de los fondos y patrimonio de una Iglesia perseguida. Esas ideas, relevo del abordaje por el combate a distancia, respondían a una concepción que nos explica el historiador sir Charles Oman, «la visión de hacer del navío de guerra un instrumento de combate al cañón más que convertirse en un fuerte dotado de una gran guarnición para abordar al adversario y librar un combate próximo, es lo que produjo en Inglaterra una transformación capital de la psicología naval», ideas que se afirmarían con Isabel I y Jacobo I para arrancar a España el dominio de los mares.

En cuanto a nosotros, hasta bien avanzado el reinado de Felipe II no debe hablarse de la existencia de un verdadero poder naval organizado, en sus vertientes de estructura orgánica, mandos, personal y despliegue, aconsejando al interesado en profundizar sobre el tema, la consulta o lectura de la obra del fallecido profesor Olesa Muñido, que lleva por título *La organización naval de los Estados mediterráneos, y en especial de España, durante los siglos XVI y XVII*.

Por nuestra parte, nos limitaremos a señalar que con Felipe II se comenzó a sufrir en la mar una estrategia de desgaste a la que le sometieron sus enemigos, especialmente a partir de 1588, pues las múltiples guerras agotaban los recursos económicos y humanos y los continuos buques y levas que requerían las armadas para hacer frente a las responsabilidades de una estrategia global,

terminarían por paralizar el tráfico marítimo que el corso protestante, la católica Francia y los piratas berberiscos atacaban sin cesar, especialmente a los galeones de la Carrera de Indias. Esa dispersión de objetivos, la necesidad de lograr una eficaz distribución de recursos y la dificultad para formar dotaciones provocaría que al final del siglo XVI nos debilitásemos en la mar, situación que motivaría a partir de 1593 que se alzasen airadas voces en las Cortes nacionales, denunciando el lamentable estado de la Marina Real, a las que se sumaban las de los hombres del mar, como fue la del almirante de la Escuadra de la Mar Océano Diego Brochero, que había mandado dicha agrupación en la época de su mayor esplendor, entre 1603 y 1606, situación que en otro trabajo analizaremos.